

Veintitrés años y dos meses

Aldo Rosales-Velázquez

«Eduardo va a regresar a la ciudad después de veintitrés años y dos meses», decía el mensaje de Felipe. Me sorprendió que llevara la cuenta. A mí se me da recordar números, pero no cuando tienen que ver con fechas. Recordar los años, las fracciones de los años, me parece una cualidad tonta de Felipe. Nunca se lo he dicho.

Le comenté a Celeste que mi amigo de la universidad, padre de un niño al que bauticé y que nunca he vuelto a ver, regresaba a la ciudad. Celeste es mi esposa. Me gusta su nombre porque también incluye un adjetivo. Práctico.

—¿No se habían peleado? —preguntó.

Sabía de lo que hablaba. La última vez que hablé con Eduardo fue unos meses antes de que se marchara, el mismo día que Olivia, su primera esposa, le avisó que ya había iniciado el trámite de divorcio y que pronto le llegarían los documentos precisos. No quería la casa, no quería ninguno de los tres autos que habían comprado juntos, solo quería al niño. Eduardo aceptó los términos, firmó los papeles en cuanto se los hicieron llegar y trató de olvidarse lo más pronto posible de ellos. Celeste dijo que eso había sido frívolo, pero que no le sorprendía de alguien de su calaña. Y cuál es esa calaña, le pregunté, pero hasta ahora no me ha contestado. Lo de las condiciones del divorcio lo supe por Felipe. Eduardo nunca habló conmigo de eso ni de otra cosa que pudiera considerarse seria. No fue una pelea lo nuestro, solo un malentendido, una comunicación infructuosa. Y así se lo hice saber a Celeste.

—Supongo que el tiempo le hizo olvidarse de las cosas —me señaló mi esposa—. O simplemente dejaron de importarle. Además, veintitrés años es una cifra pesada, no hay rencor que la soporte.

El tiempo. Me sonó extraña la frase, como si Celeste la hubiera escuchado de alguien más y ahora la usara, en un momento poco oportuno. Pero Eduardo volvía a la ciudad y quería vernos, ese era el punto. Nos invitaba a mí, a Felipe

y a nuestras esposas a su nueva casa, que en realidad no era nueva, sino la que le habían heredado sus padres.

—¿Y vamos a ir?

—¿No quieres?

Celeste pareció pensarlo por un momento, luego se asomó al refrigerador.

—Pero primero vamos al súper.

Era su forma de decir que sí y de enterrar el pleito del día anterior, que en realidad era una extensión del de la semana pasada, que era consecuencia de uno del mes anterior y así hasta un punto imposible de rastrear. Un pequeño terremoto en la cotidianidad con réplicas innumerables en los días menos esperados: en eso se habían convertido nuestras vidas.

«Eduardo va a regresar a la ciudad, después de veintitrés años y dos meses», releí el mensaje. Y quiere vernos, pensé. Nunca he sido muy amigo de la idea de volver a ver a quienes ya has dejado atrás en el tiempo, en la vida: siento que puede ser hasta fastidioso o, peor aún, aburrido. Todo puede acabar en una reunión donde la plática se apaga en cuanto ya no quedan recuerdos que aventar al fuego. Luego los clásicos comentarios donde nos burlamos de la edad, de la vida, de los amigos que no fueron a la reunión. Incluso la repetición de una fecha o la edad de alguien, con distintos tonos, para sacarle el mayor provecho antes de desecharla. Después quedan sobre la mesa de centro un par de cervezas tibias, una charola con migajas, una mirada incómoda que viaja de uno a otro hasta que alguien se decide, se palmea las piernas y dice “bueno, yo me tengo que ir porque mañana hay que trabajar”.

Llamé a Felipe de camino al supermercado. Al fondo se escuchaban los gritos de sus gemelos, a quienes siempre habían querido hacer, sin éxito, estrellas de comerciales de productos infantiles. Uno no puede hablar de sus propios hijos así, le decía a Celeste siempre que volvíamos de casa de Felipe; es de mal gusto. Celeste sonreía a medias, imitaba la voz de Angélica, su esposa, y decía frases de las que nos carcajeábamos.

—Eduardo volvió —dijo emocionado; me sonó estúpido—. Veintitrés años y dos meses sin verlo.

—Veintitrés años y dos meses sin verlo —repetí al tiempo que miraba a Celeste y me llevaba el índice derecho a la lengua.

—Nos dijo que llegáramos a las siete a su casa. ¿Te acuerdas dónde queda?

Me acordaba. Ahí pasé muchas de las tardes de la universidad, esperando a que la borrachera se diluyera para poder ir a casa. En aquel entonces salía con una mujer llamada Esperanza. Celeste era solo la mejor amiga a la que le contaba mis problemas. Esperanza, Celeste: quizá buscaba en las mujeres todo lo que no encontraba al mirar hacia el cielo o hacia mi interior.

—Allá nos vemos —remató Felipe. Colgué antes de que pudiera agregar algo más.

El resto del camino lo hicimos en silencio. Quise comentarle a Celeste que no entendía del todo la emoción de Felipe: él y Eduardo jamás fueron amigos cercanos (se conocieron por mí), pero al final no dije nada.

—Terrible —murmuró Celeste mientras esperábamos a que una camioneta blanca, plagada de niños, desocupara el único cajón libre del estacionamiento.

—Terrible es poco —contesté—. Muy poco.

—¿Y entonces por qué vamos?

—¿Cómo que por qué?

Un deportivo, conducido por un joven extremadamente delgado, intentó ganarnos el lugar de estacionamiento, así que Celeste olvidó la pregunta. Tal vez ni siquiera esperaba una respuesta.

Entramos al supermercado con el carrito por delante. Una muchacha alta, de cabello rojizo, nos informó sobre una promoción de 3x2 en pañales y leches en polvo. Celeste tomó con desgano el boletín de las ofertas y lo arrojó al carrito. Las preguntas sobre cuándo tendríamos el primer hijo y temas relacionados le arrebataban de golpe el buen humor.

—Ve a comprar un vino mientras veo la fruta —ahí estaba lo que pensé: seguía molesta.

¿En qué momento nos habíamos transformado en la pareja que lleva una botella de vino a la reunión con otros matrimonios? Cuando un joven musculoso, cuya playera azul mostraba el logotipo de una marca de lácteos, preguntó si ya conocía la nueva leche con fibra, me di cuenta de que no había vuelta atrás.

De regreso a casa, el tránsito se tornó abrumador.

—Algo debe de haber pasado —se quejó Celeste, mientras buscaba otra estación en la radio.

Más adelante vimos el auto volcado. Esperé que fuera el muchacho del deportivo, pero al pasar vimos que se trataba de una camioneta negra con placas de otro Estado. Una mujer embarazada lloraba en la acera, cruzada de brazos, mientras un hombre de camisa amarilla llenaba un formulario. Celeste se giró en el asiento para ver a la mujer todo lo posible, pero no dijo nada más. Cuando llegamos a la casa, le pregunté si la conocía, pero ni siquiera me contestó.

—Hay que lavar el refrigerador antes de irnos —Celeste tomó un par de bolsas de la cajuela y se adelantó—. Huele como si algo se hubiera muerto allí adentro.

Las siguientes dos horas las pasamos depurando el contenido del refrigerador y lavando charolas. Del fondo del congelador sacamos un paquete de paletas sabor cereza, residuo de la última vez que Felipe y su familia nos habían visitado. Una mancha del mismo color yacía en el sillón de tres plazas de la sala, bajo un cojín que Celeste mando hacer con un tapicero, el único que había conseguido una tela idéntica a la del sillón.

Cuando dieron las seis, Celeste preparó un par de sándwiches que comimos en la cocina, con un vaso de leche para cada quien. Además de odiar las referencias a la familia, no soportaba que alguien bebiera de su vaso o usara su ropa.

—¿A qué habrá vuelto Eduardo?

Esperé hasta pasarme el bocado (otra de las cosas que Celeste odiaba era que alguien hablara con la boca llena) y le contesté que a lo mejor no volvía por algo que estuviera aquí, en la ciudad, sino que más bien huía de algo que estaba en su otra casa, en la otra ciudad, cerca de la frontera.

—Veintitrés años es mucho tiempo.

—¿Mucho tiempo para qué?

—Mucho tiempo para lo que sea.

Me serví un poco más de leche y limpié la base del recipiente con un trapo, para no ensuciar el recién lavado refrigerador. Celeste subió a bañarse, aproveché para llamar a Felipe desde la sala.

—¿Ya listo? —sonaba emocionado: tal vez había esperado esta reunión mucho tiempo y nunca me lo había dicho. Yo nunca le hubiera preguntado.

—Tan listo como se puede estar —noté su desconcierto del otro lado de la línea y agregué—. Veintitrés años es mucho tiempo.

—¿Verdad que sí? —sonaba como si le viera el lado amable a las cosas. Al tiempo.

—¿Tú que vas a llevar? No quiero que repitamos. Yo llevo un par de botellas.

—Yo llevaré algo más —lo conozco: él también pensaba llevar vino—. Quizá un par de botellas. No creo que sobren.

—¿Con Eduardo? No, no creo que sobren.

—¡Ja! —fingió reír, aunque lo sentí incómodo—. Lo recuerdas bien.

Uno de los principales motivos del divorcio de Eduardo fue, precisamente, su alcoholismo. No era del tipo de ebrios que se violentan a medianoche, solo que se concentraba tanto en pretender estar sobrio que se olvidaba de las cosas a su alrededor, esposa e hijo incluido. El rostro se le ponía rojo y sus gestos se volvían lentos, acartonados. Fumaba más cuando se emborrachaba; una capa de saliva cubría la boquilla de sus cigarrillos, era asqueroso. A veces contaba chistes sexuales muy subidos de tono y gesticulaba de manera obscena mientras lo hacía. Olivia se llevaba discretamente la mano a la barbilla y comenzaba a hablar de lo que involucraba tener un hijo de apenas un par de meses. «Hay tantas cosas por hacer siempre», decía, alargando las sílabas. Todos menos Eduardo entendíamos a qué iban esos comentarios. Si estábamos en su casa, comenzaba a levantar los platos, aunque no hubiéramos acabado de comer. La escuchábamos tallarlos con fuerza bajo el chorro de agua.

—Veintitrés años es mucho, pero no tanto —sentencié y me despedí.

Escuché a Celeste salir del baño e imaginé el vapor salir tras ella. Tomaba largos baños con agua muy caliente, aunque las revistas de belleza y salud que tanto leía

recomendaran lo contrario. A veces llegué a creer que lo hacía para evitar que entráramos juntos a la regadera, porque yo nunca he soportado los baños o la comida tan caliente. Subí a la recámara y la encontré desnuda, con un pie sobre la orilla de la cama: se frotaba los muslos con la crema que había comprado en la mañana.

—Métete a bañar, se nos va a hacer tarde.

Comencé a quitarme la ropa y arrojé la playera al suelo. Me quité los tenis y los pateé bajo la cama.

—¿Veintitrés años es mucho también para estar casados? —le pregunté mientras me asomaba bajo la cama para sacar los tenis, tras su mirada y su gesto de hartazgo.

—Depende —me contestó con desgano.

—¿De qué? —pregunté con medio cuerpo metido bajo la cama: estiraba la mano derecha y mis dedos rozaban la agujeta.

—¿De qué? —repetió Celeste. Su voz me llegó un poco apagada entre mis resoplidos y el silencio que siempre se esconde bajo las camas.

—¿De si es con la misma persona? —pregunté con dificultad.

Vi sus pies pasar por la habitación y luego estirarse hasta quedar sobre la punta de los dedos. Por fin pude tomar el tenis y salir.

—Lo que yo creo —dijo mientras seguía tratando de bajar una caja colocada en la parte más alta del closet— es que tienes razón. Creo que uno nace con la capacidad de tolerar ciertas cosas, el matrimonio, por ejemplo. Pero esta dura solo un tiempo. Treinta años, digamos. Naces con una batería que dura para alimentar el matrimonio durante treinta años. Si decides gastar esos treinta años con la misma persona, bueno, es cosa tuya. O puedes tener seis matrimonios fructíferos de cinco años cada uno.

Me sorprendió lo calculado de sus palabras, me sonaron a un discurso largamente practicado en la cabeza; dijo tantas veces “treinta años” que el número perdió sentido por un momento. Entonces Celeste podía divorciarse de mí y volver a casarse, luego tener otro matrimonio de veintidós años. O uno de diez y otro de doce, o uno de trece y otro de nueve, y así sucesivamente.

—Hay mucho polvo debajo de la cama —comenté al aire, de camino al baño—, habría que pensar en que la aspiren. No la señora del aseo, sino uno de esos equipos profesionales.

No pude escuchar su respuesta, porque el agua de la regadera tapó cualquier otro sonido. Seguí, durante el tiempo que me tomó bañarme, pensando en cuántos matrimonios más le cabrían a la vida de Celeste si nos separáramos.

—Llamó Felipe, que pasan por nosotros —me dijo Celeste cuando salí del baño.

—¿No te dijo a qué hora? —miré el reloj del buró.

—A las 7.

Eran las 6:25 y Celeste ya estaba lista, se había puesto los aretes que llevó a la boda de Eduardo. Sentí que era su manera de vengarse de él (¿vengarse de qué?) o

de burlarse de mí. Le dije que ya no se le veían igual, pero fingió no escucharme. Sus comentarios sobre el matrimonio me habían molestado y no me atrevía a reconocerlo, mucho menos a decirlo. Hasta que dieron las 7, esperamos a Felipe en la sala; Celeste pasó varios minutos rascando con el índice la mancha del sillón y yo jugaba con las botellas de vino, que había puesto a mis pies para no olvidarlas.

A la hora exacta, por fin, escuchamos el auto de Felipe detenerse frente a la entrada.

—¿Les molesta si pasamos a dejar a los niños? —preguntó Felipe de pie junto al auto, mientras Karla, semiincorporada en el asiento, con el rostro vuelto hacia los niños, apuntaba con el dedo y gesticulaba.

No contestamos. Celeste no disimuló su enojo.

Los niños, para nuestra sorpresa, se comportaron bastante bien los 20 minutos que duró el trayecto de mi casa a la casa de los suegros de Felipe. Me sentí tentado a preguntar a Karla con qué los había amenazado para que estuvieran así de quietos. Cuando llegamos, los niños descendieron aprisa, tomaron sus mochilas de la parte trasera del auto (una Van con una calcomanía que representaba una familia pegada en el medallón) y corrieron a la entrada, donde sus abuelos los esperaban. Saludamos desde lejos y Felipe arrancó casi al instante. El resto del camino lo pasamos en relativo silencio; comentábamos esporádicamente cosas sobre el tránsito. Celeste empezó a contar la historia de la mañana, en la que el joven casi nos gana el lugar del estacionamiento, pero se interrumpió por algo que no recuerdo. Nunca la continuó.

Reconocí la entrada de la calle en cuanto la vi: un pequeño arco de tabique rojo y un obelisco pintado de blanco en la banqueta derecha. No había cambiado mucho desde la última vez que había estado ahí, me pareció triste. Avanzamos un poco y vimos a Eduardo en la banqueta, frente a su casa. Recordé todos esos días que estuve ebrio, ahí en esa casa, sin tener nada mejor que hacer.

—Veintitrés años sin vernos —dijo a través de la ventanilla. No sé si fue la luz del poste, o el ángulo desde el que lo vi, pero me pareció muy viejo y con una mirada suspicaz, desagradable— y seguimos igual.

Ayudó a Karla a descender y después cerró la puerta. Luego lo mismo con mi esposa. Yo descendí por el otro lado.

—Veintitrés años —repitió para después abrazar fuertemente y palmear con mucha efusividad a Felipe— y no cambias.

El hecho de que repitiera la broma y saludara así a Felipe, a quien nunca apreció del todo y a quien llegó tildar de pobre diablo a sus espaldas, me hizo saber que la reunión sería larga, pesada, y que Eduardo había cambiado más de lo que me podía haber esperado, demasiado como para aún agradarme.

—Y tú —dijo mientras me volteaba a ver—, tú me debes una platicada larga.

Le extendí la mano, pero él me la estrechó y me atrajo de un jalón. Su abrazo fue firme y creo que sincero. Olía a pastillas de menta y crema para rasurar. El cuello de su camisa estaba firme y perfumado. Sentí en ese abrazo la réplica de algún otro abrazo de nuestra juventud, cuando ninguno de los dos sabía bien a bien qué hacer con su vida. Y ahora, en ese momento, ¿ya lo sabíamos?

Entramos. Un pasillo largo con el papel tapiz a medio raspar y huellas de yeso nos recibió. Logré ver muchos agujeros que aún no resanaban; había sido una pared llena de retratos, me pregunté dónde habrían quedado. El corredor se abrió en una sala bien iluminada, con un par de sillones nuevos y una mesa de centro de patas viejas, pero cristales recién puestos. En una de las esquinas de la pieza había un par de muebles cubiertos con sábanas; no pude adivinar qué eran, quizá una cama y un sillón.

—Siéntense —pidió Eduardo—. No necesito decirlo, pero esta es su casa —gritó hacia lo que yo recordaba como la cocina—. Jota, ¿ya casi terminas o te ayudo?

Un ruido de cubiertos fue la única respuesta. Luego de unos segundos, una muchacha de no más de veinticinco años recortó la luz amarillenta del pasillo que daba a la cocina; en las manos traía una charola con galletas y trozos de queso y jamón.

—Les presento a mi esposa —dijo Eduardo y después le ayudó con la charola. Felipe hizo espacio en la mesa—. Jota, mis amigos.

La muchacha nos saludó de mano a cada uno; a Celeste y Karla las abrazó. Traté de recordar lo que había dicho Felipe, pero nunca mencionó a una esposa.

—El vino —exclamó de pronto Felipe mientras se ponía de pie y sacaba las llaves de su bolsillo; afuera se escuchó la alarma de su camioneta.

El vino. Nosotros habíamos olvidado el nuestro. Celeste apretó un poco el gesto y se frotó las manos, solo yo lo noté. Estaba molesta por fallar, o quizá solo por tener que estar ahí.

—Y bueno, me van a tener que decir todo lo que han hecho —Eduardo tomó los platos con los que Jota regresaba de la cocina. Felipe entró en ese momento; el último sonido de la calle, antes de que cerrara la puerta, fue la alarma de su camioneta.

Nos quedamos callados. Luego de unos segundos Karla y Felipe soltaron la primera palabra, al mismo tiempo. Rieron y ella le cedió la palabra.

—Pues tenemos dos hijos, creo que ya te había dicho —volteó a mirar a su esposa—: Karla y Felipe, como nosotros. Puede sonar medio tonto, pero a ella le puse el nombre yo y el de Felipe lo escogió Karla.

Eduardo sonrió y luego me dio uno de los platos. Felipe siguió hablando sobre sus hijos, a veces Karla agregaba algún detalle y luego volteaban a verse y sonreían o se carcajaban. Hablaron también de los castings fallidos. Después de eso se quedó

callado. Me pareció triste que todo lo que tuviera que decir una pareja fuera sobre sus hijos.

—Ahora ustedes —dijo Felipe, luego tomó el plato que Karla había llenado con galletas, jamón y queso.

—Pues yo sigo trabajando en la misma escuela —aventuró Celeste—, la misma de siempre, creo que sí la conoces. Él sigue en lo mismo, creo que no hay mucho para contar.

Agregó un par de cosas más, detalles sobre algunos viajes que habíamos hecho y dos o tres problemas propios de la cotidianidad. Me dolió que no dijera mi nombre y que no hablara de mi trabajo. No dije nada. Felipe y Karla usaban el “nosotros”, pero Celeste se empeñó en usar “yo” y “él”. O tal vez no lo hizo a propósito.

—Bueno —Eduardo carraspeó—, ahora yo. Pues no hay mucho, creo que tienen razón y hasta ahora me doy cuenta. Después de que me fui, me di un año sabático, para aclarar la mente, ya sabes, vaciarla. Regresé a la empresa, pero solo duré un año más, supongo que lo del año sabático sí afectó. Puse un restaurante de comida brasileña, allá, cerca de la frontera. Ahí conocí a Jota, ella fue la única mesera que sobrevivió a los pocos clientes y a los sueldos bajos. Llegó un momento en que fue cajera, mesera y administradora, todo en uno. Antes de que quebrara el restaurante, vendí todo y me deshice de lo que nadie quiso. Me casé con Jota al año siguiente y el resto ha sido trabajar en otra empresa, del mismo giro que la primera, pero más chica. Mis papás murieron hace un año. Mis hermanos no quisieron regresar al país solo por la casa, así que acordamos que sería para mí.

Callamos después de su historia y nos empujamos hasta la garganta, con trozos de jamón y queso, cualquier comentario que hubiéramos tenido. Un reloj le arrancaba los pétalos a las horas en alguna parte de la casa. Celeste preguntó dónde quedaba el baño y Jota se levantó para acompañarla. Se dirigieron a unas escaleras y subieron.

—¿Y Olivia? —volteé hacia las escaleras luego de hacer la pregunta, pero Jota y Celeste seguían arriba—. ¿No has vuelto a saber de ella?

—No, nada, ni del niño —Karla hizo un gesto de disgusto cuando escuchó a Eduardo llamar así a su propio hijo—. Deposito cada mes lo que acordamos y eso es todo. Hace ya años traté de ayudarla con un problema legal, algo que tenía que ver con su hermana, pero eso es todo.

Nos quedamos callados. Celeste comenzó a bajar por la escalera; tras de ella venía Jota, con una caja de cartón en las manos. “El niño”: hablaba como si el tiempo no hubiera pasado.

—Quiero que juguemos a algo —era la primera vez que escuchaba su voz, me recordó a la muchacha del supermercado, la que nos habló de las ofertas de pañales—, para conocernos mejor.

Eduardo preguntó si nadie más iba a tomar algo de la charola y, cuando contestamos que no, la llevó a la cocina. Jota colocó sobre la mesa la caja de pizza, cuyo marca nunca había visto, y la destapó: aparecieron dos bloques de papelitos de colores, de los que se usan para dejar recados en el refrigerador, cinco plumines (todos negros) y un tablero de cartón, quizás de ajedrez. Tomó el bloc y los plumines, luego cerró la caja y la colocó a un lado del sillón, en el piso.

—Vamos a anotar el nombre de un cantante o personaje famoso —hablaba mientras nos repartía los papeles de colores y los plumines— y luego los ponemos aquí —dio dos golpecitos en el cristal de la mesa, con la uña de acrílico de su índice—, boca abajo, para que no se vea el nombre. Después tomamos otro, nos lo colocamos en la frente sin verlo y tratamos de adivinar quién nos tocó.

Se puso uno de los papeles en la frente y lo señaló, divertida. Me sentí como idiota y pensé que Celeste estaría molesta, pero cuando volteé la vi animada. Yo me sentía en una clase de kínder. Karla y Felipe se notaban felices —quizá porque estaban acostumbrados a los juegos de niños— y Eduardo, que volvía de la cocina con una botella, negó alegremente con la cabeza, como si aquel juego le resultara familiar. Se sentó en su lugar y tomó el plumín que Jota le extendía, arrancó un papel de su bloc y casi de inmediato se puso a garabatear algo.

—Un minuto más —dijo Jota al aire, aunque en realidad lo decía por mí, los demás habían terminado hacía mucho y me miraban impacientes.

Escribí el nombre del cantante que interpreta la canción que sonó en mi boda, pensé que sería un gesto que agradaría a Celeste. Coloqué el papel boca abajo y tomé el que estaba al lado, el de mi esposa. Me lo llevé a la frente sin verlo. Volteé a verla y la noté molesta, quizá extrañada, cuando vio el papel en mi frente. Por distraerme en ello, no pude ver quién tomó el que yo escribí, pero luego apareció en la frente de Karla.

—Bueno —dijo Jota, con el tono de animadora de fiestas infantiles que, quizá, conquistó a Eduardo—, empezamos por aquí.

Me señaló con sus uñas color violeta, lancé la primera pregunta.

—¿Es hombre o mujer?

—No, no —interrumpió Celeste, alegre—. Las preguntas se hacen en primera persona.

Me sorprendió que conociera el juego, me molestó un poco. Nunca pensaba en la vida de Celeste antes de mí, y el que hubiera cosas de ese pasado me molestaba. Pienso que con las mujeres, como con las casas, uno no debe saber qué pasó ahí antes de llegar.

—¿Soy mujer? —pregunté; pude ver una sonrisilla maliciosa en Eduardo.

—No —Jota casi gritó la negativa.

—Esperaré al siguiente turno —dije.

Karla logró, en tan solo un par de preguntas, certeras y veloces, adivinar su personaje. Pensé que había tomado el papel de Felipe y que siempre escribían lo mismo, pero no reconocí la letra (soy bueno reconociendo la letra de alguien, y conocía la de Felipe desde la escuela); seguramente era de Jota. Deben de ser las habilidades que da la maternidad, me dije, mientras veía a Eduardo clavar la vista en su esposa. La miraba como quien mira algo que no se puede tener del todo, como los niños cuando observan los juguetes que, de tan caros, mamá y papá no los dejan agarrarlos. Celeste bebía con cierta velocidad después de terminar sus turnos.

Después de un par de minutos, ya todos habían adivinado su personaje. Algo en Jota comenzó a agradarme cuando adivinó el nombre que yo había escrito, dijo que una canción tan hermosa sería ideal para una boda. Me di cuenta de que ella y Eduardo no estaban casados. Yo seguía perdido. Había adivinado que era hombre, blanco, alto, estadounidense y que cantaba, pero no podía pasar de eso.

—Me doy —confesé un tanto molesto después de un rato, y de las sonrisas de todos, como si dijeran “hay que ser estúpido para no adivinar”.

Me quité el papel de la frente. En sus rostros había diversión, alivio.

—¿Luke? ¿Quién es Luke?

Jota aplaudió escandalosamente, de forma veloz, mientras Karla y Felipe comentaban las pistas que ellos hubieran buscado.

—Nadie sabe quién es Luke —reclamé, molesto.

—Tú no eres nadie —dijo Celeste. Entonces noté que estaba un poco ebria—. Y no sabes quién es Luke.

—Nadie sabe quién es Luke —recalqué—. Nadie.

Eduardo comenzó a tararear una canción que yo no recordaba haber oído, luego cantó una parte de la letra. Karla y Felipe movieron la cabeza en aprobación y luego se unieron al canto; Jota y Celeste lo mismo. Pero yo seguía sin recordar nada.

—Fue famoso hace años, ya tiene muchos, pero sí deberías acordarte —agregó Eduardo, mientras palmeaba la melodía en los muslos de Jota, quien se había sentado en su regazo.

Por unos instantes, una canción borraba las rispideces y las diferencias entre todos, excluyéndome. Yo había quedado afuera, exiliado tras el fino alambre de una melodía que hablaba de los años de noviazgo en una playa de Europa. Jota sugirió jugar una ronda más y todos accedieron. Yo pedí permiso para ir al baño. Cuando subía las escaleras, sentí que algo en el cuerpo se me desconectaba, que no era yo el que estaba ahí. Mientras me mojaba la cara, pude escucharlos adivinar, preguntar, reír.

Nadie, esa palabra había pronunciado Celeste. Recordé sus pies atravesar la habitación. Recordé el comentario de los años de matrimonio y cómo estos podían

distribuirse de muchas formas. Recordé las botellas de vino en casa, clavadas en la oscuridad de la cocina, como un recuerdo inservible.

Cuando bajé, el juego había finalizado. «Te perdiste de un juego rapidísimo», gritó alegre Celeste. Todos notamos que si el juego se había desarrollado así era gracias a mi ausencia.

—Creo que algo me cayó mal —dije, luego agregué—, debió de ser la leche.

Jota comenzó a guardar los blocs de notas y luego fue por una bolsa negra para la basura. Felipe y Karla se estrecharon las manos, como si aún fueran novios. Eduardo y Celeste comentaron algo que no alcancé a escuchar: rieron.

—Nos vamos ya. Mañana hay que trabajar —dije mientras le esquivaba la mirada a mi esposa.

Celeste se levantó para ayudar a Jota con los vasos en la cocina. El sonido del chorro del fregadero me recordó a Olivia. Estuve a punto de decirlo para vengarme de Eduardo (¿vengarme de qué?). Quise decir algo sobre Karla y Felipe, sobre sus hijos y los múltiples intentos que habían hecho para ser estrellas de comercial. Logré arrepentirme a tiempo.

Salimos hasta que el último traste quedó limpio y la última huella de que habíamos estado allí desapareció. Eduardo comentó, de camino a la puerta, que pintarían de amarillo o verde, que ya lo veríamos en la siguiente visita.

—Que a lo mejor será dentro de veintitrés años —agregué. Nadie sonrió—. Ojalá seas tú a quien veamos, Jota.

Eduardo me miró, pero sin intención alguna, como si solo tratara de adivinar a quién pertenecía esa silueta sobre la banqueta, afuera de la casa. Otro juego en el que yo no hubiera podido ganar. Felipe y Karla se ofrecieron a llevarnos; argumenté que sería más cómodo para todos si Celeste y yo viajábamos aparte. No insistieron. Nos despedimos como si nunca más nos fuéramos a encontrar. Pedí un taxi desde el celular y, mientras llegaba, Celeste y Jota hablaban de quedar en la semana para cenar o ir al club (Jota y Eduardo eran miembros de un club deportivo). Eduardo y yo nos limitamos a hablar de Felipe. Corrijo: Eduardo se limitó a esquivar, con más gracia de lo que lo creí capaz, las cosas ácidas que yo decía sobre Felipe. Me sentí como un imbécil. El taxi llegó pocos minutos después. Eduardo y Jota entraron a casa en cuanto nos vieron abordar.

—No recuerdo a ese cantante que dicen —comenté de pronto y creí sentir la mirada del taxista a través del retrovisor.

—¿Sigues pensando en eso?

—Me parece curioso —continué, como si Celeste no hubiera dicho nada y yo siguiera pensando en voz alta.

—Alguna vez lo escuchamos en una cena.

—No era yo, estoy seguro. Me acordaría.

Pensé que Celeste me confundía con alguien más, alguien de ese tiempo del que, al reencontrarnos después de la universidad, acordamos no hablar. No, no recordaba ninguna cena donde hubiésemos escuchado esa canción. Me sentí más lastimado de lo que hubiera podido predecir.

El taxi rompió la membrana de silencio que cubría las calles. Llovía ligeramente. A través de la ventanilla, en la oscuridad, veía avanzar velozmente las regaderas de oro en que se convertían las lámparas. Bajo una de ellas vi a un par de jóvenes que me recordaron a Celeste y a mí en los años en que aún hacíamos el amor a diario; la muchacha sostenía una caja contra su vientre. Más allá de esas luces, la ciudad parecía no existir. En mi mente seguía la distribución de años que Celeste había propuesto. Pensé que tal vez ya había estado casada, entonces nos quedaban menos años de los que creía. ¿Aquella cena donde escuchó a Luke fue donde le propusieron matrimonio?

Al llegar a casa, Celeste subió a la recámara de inmediato. Yo me quedé en la sala mirando videos del tal Luke en la computadora. No lo recordaba: ni la voz ni el rostro me parecieron familiares. Destapé una de las botellas de vino y resbaló de mis manos: escuché el líquido gorjear sobre la alfombra, en un lugar que no podía precisar porque la luz de la pantalla borraba de mis ojos el resto de la casa, el resto del mundo. Al día siguiente habría una mancha en la alfombra y no pudo parecerme menos importante. Subí a dormir.

Soñé con otra reunión en el futuro. Felipe y Karla hablaban de sus nietos, que anhelaban ser artistas de televisión. Eduardo y Jota hablaban de su hijo, que pretendía ingresar a una universidad extranjera. Yo estaba junto a una mujer, nuestras manos se entrelazaban; ella estaba encinta. Yo les decía que soñábamos con celebrar nuestros primeros quince años de casados. Quince años de casados, decía (¿o dije?) frente al espejo, tal vez al día siguiente, mientras mi esposa se bañaba y su cuerpo firme, de vientre plano, a través del vapor, a través del reflejo, parecía el de alguien más.

ALDO ROSALES VELÁZQUEZ. Ciudad de México, 16 de noviembre de 1986. Narrador. Licenciado en Enseñanza del Inglés, por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Coordinador del taller de Creación Literaria en FARO Indios Verdes. Ha colaborado en *Casa del Tiempo*, *El Universal*, *La Jornada*, *Nocturnario* y *Punto de Partida*. Becario del FONCA en el Programa Jóvenes Creadores (2016-2017). Becario del PECDA, otorgado por el Estado de México (2018-2019). Premio Nacional de Crónica Joven Ricardo Garibay 2018. Parte de su obra se encuentra en las antologías: *Cuentistas de Tierra Adentro 2007-2017* (Tierra Adentro, 2017); *Antología de letras de Jóvenes Creadores del FONCA* (SC, 2017); y *Luz y sombra* (Bola de papel, 2018).

Recibido: 10 de agosto de 2022

Aprobado: 13 de mayo de 2023